

Vocación de servicio

Juliana Sánchez González

Era junio del año 2014, y mis hermanos y yo, atravesábamos el camino de entrada de una de las prestigiosas clínicas de la ciudad de Cali. Una de las cosas que menos me gustan es que me digan que tenemos que ir al hospital o a la clínica pues la mayoría de veces indica que hubo un acontecimiento que alteró la salud de algún familiar o amigo. Y genera temor pensar en lo que pueda pasar aunque se espere siempre lo mejor. Y este era el caso, mi tío se encontraba en observación.

Entramos a la habitación 404. Por mi parte, estaba extrañada e incluso temerosa porque no sabía lo que le había sucedido a mi tío. Él siempre ha sido mi ejemplo a seguir, una de las razones influyentes para que posteriormente, decidiera estudiar Medicina. Jamás he tenido algún recuerdo donde lo vea quejándose de dolor. Reitero, yo lo veía y, todavía lo veo, como mi médico personalizado. Me dolía un dedo y, literalmente, le mostraba únicamente para que me revisara, así no tuviera nada. Y eso hacía él, me sobaba y me decía por qué probablemente me dolía (Yo era muy pequeña, en esa época).

Entrar a la habitación y verlo, sin poder mover ni un milímetro de su cuerpo porque el dolor le era insoportable, me partió el alma. Fue doloroso saber que mientras él había hecho todo por mi bienestar, yo no podía ayudarlo a sentirse mejor. ¡Qué impotencia tan grande...!

Entonces, llegó uno de los doctores que iba a atenderlo durante su estadía en la clínica. No recuerdo su nombre pero si lo hiciera, no se lo recomendaría a nadie. Resulta que estábamos nosotros tres (mis hermanos y yo) sentados en un sillón que quedaba justo al frente de la cama donde se encontraba mi tío. Cuando el doctor entró, a duras penas tuvo la decencia de saludar al paciente. A nosotros, no. primer error.

Después, cuando mi tío, en medio de su dolor y con respiración forzada, intentó explicarle qué era lo que había pasado, el doctor lo frenó, no lo dejó pronunciar una sola palabra... ¡Segundo error! Le respondió que él sabía perfectamente lo sucedido, que no tenía por qué explicarle. ¡Cuántos más errores, por Dios! Incluso yo, que no había empezado mi carrera de Medicina, estaba consciente del irrespeto que claramente, este doctor tuvo en esa ocasión. Me acuerdo cómo me hervía la sangre al no poder decirle mil cosas a ese señor porque yo, y todos los que estábamos ahí, teníamos una cualidad de la cual el carecía: la consideración.

Finalmente, mi tío dejó que aquel que se hacía llamar Doctor, terminara de hablar y se fuera, para decirnos a los tres: "Nunca sean como el señor que acaba de entrar". Desde ese momento, juré que nada me iba a hacer dejar a un lado "mi ser humano" pues la razón por la cual estudio Medicina es para dejar salir todo el sentimiento y la pasión de ayudar.